

de Jesucristo, romperles los brazos y las piernas. Por esto cabalmente los querían los príncipes, á causa de su impiedad que los tornaba insensibles á las censuras eclesiásticas. Impíos como nuestros modernos, impíos y feroces como los bárbaros, hacían estragos en el país, robando, secuestrando, degollando al primero que se presentaba, haciendo una guerra de esterminio. Las damas más encopetadas tenían el alma tan corrompida como sus maridos ó sus padres, y las poesías de los trovadores no eran más que sartas de impiedades amorosas."

Tocante al parecer antes mencionado de Mr. Drumont sobre la revolución albigense, sin negar una parte muy activa y personal en aquellos trastornos é iniquidades á los judíos, nos parece que los maniqueos eran muy hombres para semejantes hazañas; á no decirse, ó que los judíos habían penetrado en esta secta conforme á su imprescriptible tradición de aliarse con todos los enemigos de la Iglesia, ó que al cargo de los judíos se haya de aplicar el mayor refinamiento de impiedad y exceso de barbarie en aquella guerra ominosa.

Continuando la hoja de servicios que trazamos á los judíos ¿qué plan más diabólico por ellos tramado para perdición de a cristiandad y por ellos alentado á riesgo de todas sus fortunas, que el de principios del siglo XIV? Dirigir á los países cristianos la expedición más numerosa posible de leprosos que por todos los medios esparciesen el contagio, mientras los endemoniados autores de la espantosa conjuración con todo género de drogas y maleficios procuraban envenenar á los *perros* cristianos entre quienes vivían; y en seguida, en medio del general azoramiento y consternación, arrojar sobre el mediodía de Europa las armadas y ejércitos del rey moro de Granada y del sultán de Túnez, decididos á echar el resto y ciertos de que sus aliados habían de secundarlos con armas y con traiciones para asegurar el golpe. Consta de esta conjuración infernal por

documentos, cuya autenticidad vindica Mr. Drumont contra las negativas y falacias de los amigos públicos y vergonzantes de la raza maldita.

Por último, dando fin á nuestra caza de fieras, judío era el padre del iluminismo francés ó martinista, el español Martínez Pascual ó Pascual Martínez; judío el inventor del iluminismo alemán, Weishaupt; judíos Herten, Karl Marx y Lasalle, fundadores de la Internacional y maestros de nihilismo y anarquismo; judíos muchos diplomáticos y directores de la política moderna en todas las naciones europeas; judío, por no dejar, hijo de un judío aragonés, nuestro gran bandido, el ministro Mendizábal, según testimonio de Disraëli, que le trató, en su *Coningsdy*; judíos los reyes de la banca, que hoy imponen la ley al mundo, y así anda él; judíos los que visitaron á Cromwell masón, y en opinión de algunos, fundador de la masonería; judío quien brindó á Guillermo de Orange con los millones necesarios para destronar á Jacobo II de Inglaterra, etc.

Todo hasta aquí espigado de Drumont. No hicimos mal acopio.

Tal es y tal ha sido el judío.

Antes de pasar adelante, no podemos dispensarnos de una reflexión que abona y fortifica nuestros razonamientos ó consideraciones históricas, con que en las disquisiciones sobre el origen templario y el maniqueo hemos cuidado de mostrar ante la buena fe y despreocupación de nuestros lectores la cadena no interrumpida de la tradición masónica desde Manes hasta nuestros bienhadados tiempos de masonismo universal; cadena nunca rota, aunque no siempre fácil de percibirse, invisible en algunos momentos históricos, y forzosamente invisible en cualquiera versión, aun la más modernista, que se adopte para satisfacer la curiosidad acerca de la primera cuna de la

secta condenada; forzosamente invisible, digo, á lo menos en algunos momentos históricos, en razón de su carácter secreto; secreto imperioso, necesariamente exigido é impuesto por la naturaleza misma de los dogmas, fines y medios de la secta, ó no es tal secta, ó nunca existió y se desvanece en sombra como un fantasma, contra el cual han esgrimido y esgrimen los Santos Padres, los Concilios y los Papas sus armas espirituales en la obscuridad de la ignorancia más absurda, como el necio de D. Quijote blandía su tizona contra los gigantes de la venta, que no eran gigantes ni la madre que los parió, sino viles y fementidos pellejos de vino.

MI REFLEXIÓN ES ESTA. La raza judía es la raza, que habiendo crucificado al Señor de la gloria, desde la triunfante resurrección de éste y desde el día de la solemne promulgación de la Iglesia por S. Pedro como arca de salud para el género humano, desde este instante se convierte en secta para perseguir, crucificar y sepultar según su siniestra intención el cuerpo moral de Jesucristo, como antes hiciera con el cuerpo real, en Jerusalén, en Oriente, en Grecia, en Roma; descomponiéndose muy luego en fracciones ó partidos subalternos de error y malignidad varia, pero informados del mismo espíritu, para allegar gentes y dar más fiero impulso al ataque: es la raza, que dispersada por todo el mundo y aniquilada su nacionalidad, reconociendo en este riguroso cumplimiento de los oráculos otra victoria de su incontrastable enemigo, entra en nuevo paroxismo de furor y sedienta de sangre por todo el mundo busca á su vencedor para acabar con él; cual si un sino fatal, y así es, pesase sobre ella; cual si el mismo Satanás hubiese transfundido, y también es cierto, en las venas y en las entrañas de ella todo su odio inmortal: es la raza, que arrebatada por el frenesí de la venganza, escoje para sí un código de impiedad, de injusticia, de rabia y exterminio, el Talmud, y alzándolo

por bandera y al grito de "muerte al perro cristiano," se lanza á la guerra desesperada contra Cristo en su Iglesia y en sus fieles, guerra de perfidia y traiciones, de corrupción, de violencias, de planes infernales, de activas é incesantes conspiraciones, por todos los caminos, con todas las artes reprobadas, en todas las formas, con todo género de alianzas, y así atraviesa las edades sin agradecer beneficios, sin respetar leyes ni moral ninguna, sin aceptar paces ni treguas, sin cejar ni descansar un punto en su nefando intento, siempre igual, tan sañuda, rencorosa é implacable hoy como ayer, como el día mismo que en el Gólgota cayó sobre su cabeza la sangre del Justo. Esto enseña y testifica la historia; este fué el clamor de todos los siglos; esto denuncian los archivos de todos los pueblos; esta es la trama de la política moderna; esta la llaga social de nuestra era desdichada; esto vieron nuestros padres y esto presenciarnos nosotros hoy mismo con doloroso y general escándalo. Esta es la raza, esta es la secta judía.

Ahora bien, y aquí en breve discurso condensaremos toda la fuerza de nuestra observación: una secta que nunca muere, que nunca duerme, que en medio de su aparente indolencia nunca está quieta, que nunca ni por un solo instante pierde de vista su objetivo único, que nunca jamás dejó de trabajar por él ¿esta secta, digo, habría pasado inactiva los largos siglos de la Edad media y algunos de la Edad moderna, mucho antes de los albigenses y después de ellos, se habría estado con los brazos cruzados, sin hacer nada ó casi nada en orden á su fin perseverante, á su destino providencial, á la satisfacción de su odio inextingible, que es todo su goce, aliento y vida, contentándose con la diversión de escamotear fortunas á los cristianos y de cometer, en persona de ellos por supuesto, asesinatos sueltos más ó menos salvajes? ¿Esta secta vilipendiada, con razón perseguida, maltratada,

exasperada por los mismos á quienes con solo el ceño de su rostro sombrío habria querido exterminar, nada habria intentado para compensar tantos ultrajes y penas tantas con un desquite de algo mayor cuantía que sus montones de oro, algo más sabroso que la sangre de unos cuantos cristianos? ¿una secta inagotable en dolosas industrias y destituida de toda honradez y vergüenza en la elección de medios? ¿en siglos primero de tanto desquiciamiento social y en medio de una sociedad tan desprevenida y poco cautelada contra secretas maniobras y osadas empresas? ¿en tiempos posteriores de tanta confusión é inquietud de los espíritus, de tanta afición á juntas clandestinas, que constituía un vicio de la época, de tan hondas revoluciones que traían á los pueblos perturbados y brindaban con la oportunidad del desorden? De tal secta no es creíble ni siquiera verosímil el perdón, el olvido, la insensibilidad á los agravios, la apatía ó el descuido en preparar la revancha, ni aun el aplazamiento á sus proyectos vengativos, cuando ve en frente y siente pesar sobre sí al cristiano á quien ofender, á quien dañar, á quien tal vez aplastar bajo su planta y perderlo para siempre.

Ni para invalidar nuestro raciocinio se nos venga á decantar unas cuantas valientes muestras de la innata protervia de los judíos, que de buen grado admitimos; como la detestable y colosal traición, con que por las columnas de Hércules abrieron las puertas de Europa al torrente asolador del Islam; la execrable perfidia con que al decir de algunos autores, inutilizaron las expediciones de los Cruzados, imposibilitando sus grandiosos efectos prometidos; su eficaz participación en los preparativos y en los lances de la guerra impía y más que vandálica de los Albigenses; sus tratos continuos con los árabes y el temible proyecto abortado de entregar nuevamente los países cristianos en las garras de los musulmanes; su actual pre-

dominio en fin é insoportable tiranía ejercitada para esclavitud y aflicción de la Iglesia, para ruina de la civilización cristiana. Mas el recuento de todas estas importantes manifestaciones del espíritu judaico en nada aminora el valor de nuestro razonamiento, antes lo acrecienta, demostrando por una parte la vitalidad enérgica de la raza ó secta maldecida, y confirmando por otra nuestros juicios acerca de su genio y abominables designios.

Por consiguiente ¿quién podrá persuadirse que su acción funesta no se haya hecho sentir, bien que encubierta é invisible algunas veces, en todas las épocas de la historia, y que aquel odio ingénito del nombre cristiano, ya que no se considere como la explicación total y adecuada de todas las contradicciones y amarguras sufridas por la Iglesia, deba á lo menos numerarse entre las primeras causas parciales y haya influido con mayor ó menor extensión en todos los sucesos y revoluciones que la conturbaron y á las veces la pusieron en grave peligro? ¿Quién, después de todo lo dicho, y aquí de una vez desembozamos nuestro pensamiento, quién se asombrará de aquellas singulares demostraciones anticristianas y antisociales, que de cuando en cuando vienen á despertar fuertemente la atención del hombre pensador al recorrer la historia de los últimos tiempos de la Edad media y primeros de la moderna? ¿quién se manifestará sorprendido de ciertas obscuridades y lagunas imcomprensibles, que á veces se interponen entre la mente del observador y la realidad de algunos notables acontecimientos, para darse perfecta razón de ellos? ¿quién no se liasonjeará de haber encontrado la cifra ó solución de varios enigmas históricos relativos á la masonería en la intervención é influjo pertinaz del elemento judaico? ¿quién atendida la naturaleza de este elemento y su ordinario modo de funcionar, será tan exigente en lo sucesivo, que no preste crédito sino á los

comprobantes de cosas y hechos, que no los pudieron dejar tras sí, ó raras veces los dejaron, ni siquiera rastro de ellos sujeto á examen ó revisión?

Entiéndanlo de una vez ciertas gentes; para estudiar la verdadera historia masónica, ó no se ha de contar en absoluto con la raza judía, y esto fuera un absurdo histórico, ó se cuenta con ella, como es razón, y entonces se le ha de dar cabida tal cual ella es, con su invariable é inflexible carácter tradicional, con su diabólico ideal conocido, que es el aliento de su vida, con sus acostumbrados procedimientos; y entonces cesan las dificultades, *se aclara todo lo obscuro y desaparecen los misterios*, repetiremos con La Fuente: entonces por fin la tradición masónica desde Manes hasta el día de hoy, no solo se hace aceptable, sino forzosa, para el hombre que con voluntad resuelta y ánimo libre de prejuicios y pasiones ahonda en las cosas y se aplica al conocimiento de la historia.

A esta conclusión veníamos encaminando esta larga plática: ya llegamos.

Si alguno dijere, que el alcance de nuestros argumentos pudiera tal vez habernos llevado más lejos de lo que nos propusimos, hasta probar el origen judaico de la masonería; si es que en realidad esto prueban los argumentos, dése por probado, pues suponiendo que la verdad por su propia fuerza se abre paso, nadie en el mundo es dueño de cerrárselo.

Después de la precedente digresión, que era necesaria, réstanos completar los datos de Mr. Drumont con algunos de Mr. Janet, que evidencian el papel preponderante desempeñado por los judíos en todo el teje maneje de la perniciosa institución.

En el capítulo especial que Mr. Janet dedica á este objeto, comienza por asentar, que "los israelitas fueron por largo tiem-

po excluidos de la mayor parte de las logias alemanas, inglesas y francesas." Mas ya corrige luego él mismo su aserto, declarándose abiertamente contra la vulgar creencia de que los judíos no habían sido admitidos hasta estos últimos tiempos, y asegurando que en la "época primitiva," como él la llama, eran recibidos en las logias simbólicas: como que en una de Londres por más señas el autor de los *Francomasones aplastados* vió por sus ojos ingresar á tres de aquellos.

La invención de la *Masonería cristiana* fué ardid sectario del apóstata alemán Fessler, aconsejado por las circunstancias del momento. Ni por chanza puede pasar semejante desatino de un veto esencialmente antimasónico, cuando los dos patriarcas *iluminadores*, Pascual Martínez, en Francia, y Weishaupt, en Alemania, eran judíos.

Dice Janet, y á fe tiene razón, que es cosa para dar golpe á cualquiera observar, que los principales agitadores nihilistas y comunistas, los capataces de los partidos radicales en Alemania, en Rusia y en Suiza, son todos israelitas, y acentúa su observación con un artículo, *La aurora de una época revolucionaria*, del *Nineteenth Century*, de 1882, del cual entresaca estas frases:

"El rasgo más notable de todos los trastornos que acaecen en el continente, es el papel preponderante de los judíos. Mientras una parte de ellos se enseñorea de los dominios de la banca, otros miembros de la misma raza se ponen á la cabeza de los movimientos revolucionarios que hemos bosquejado. . . ."

Y confirma este sentir con las siguientes llamadas al P. Deschamps:

1. *El rito de Misraim ó de Egipto*, engendro de Cagliostro, es judaico de pies á cabeza.

2. En 1811 el conde de Maistre, hombre de tan seguros informes, escribía al rey de Cerdeña:

"He leído un papel muy secreto y muy importante sobre la representación que tienen los judíos en la revolución actual y sobre su alianza con los Iluminados para la destrucción, como objetivo capital, del Papa y de la casa de los Borbones. Es documento sumamente curioso. . . ."

En 1816 el mismo De Maistre hablando, en una memoria dirigida á Alejandro II, de los artificios de la masonería para embaucar á los soberanos, y de su habilidad para proporcionalizarse alianzas, dice:

"La secta que de todo saca raja, parece que en estos momentos cuenta por mucho con los judíos, de los cuales importa sobre manera desconfiar."

3. La *Alta Venta*, compuesta de algunos grandes señores corrompidos y de *judíos*, era la continuación de la *orden interna*, que ya vimos como se formó antes de la revolución de 1789.

1. Eckert, Gougenot, Desmousseaux, d'Israëli afirman que los judíos son los verdaderos inspiradores de la masonería y que se hallan siempre en mayoría en el consejo superior de las sociedades secretas. . . . El judío domina hoy al cristiano por el poder del oro, de la prensa y de los primeros empleos científicos.

El Congreso de Berlín en 1879 decretó la emancipación de los judíos en Rumania contra el clamor de todo el pueblo. El célebre h. . Bluntschli entonces publicó un folleto á favor de los judíos rumanos. Bismarck en aquella ocasión no hizo más que pagar su deuda con los judíos: porque estos con abandonar á Mazzini contribuyeron poderosamente á traspasar á manos del canciller la dirección de las sociedades secretas; y ellos fueron los que prepararon, sostuvieron y completaron la obra de la unificación alemana.

Los judíos también en 1830 habían estado al frente de la *Joven Alemania*.

5. Conocida es la participación de los judíos en el nihilismo ruso, que es hechura de la masonería.

Mr. Janet cita además aquellas palabras intencionadas de Israëli:

"El mundo es gobernado por personajes muy distintos de los que se imaginan los que no pueden ver entre bastidores. Esa misteriosa diplomacia de Rusia, que es el terror de la Europa occidental, la organizan los judíos, y ellos son sus principales agentes. . . . Esa potente revolución que á esta misma hora se está preparando y amasando en Alemania, donde de hecho tendrá la importancia de una segunda reforma y aun mayor que la primera, y de la cual Inglaterra está casi en ayunas, se desarrolló por entero bajo los auspicios del judío. . . [1]"

Gougenot-Desmousseaux, alegado por Janet, recapitula todas sus interesantes pesquisas acerca de la judería en relación con la masonería, en estos términos:

"¡La masonería, esa inmensa asociación, cuyos *contados iniciados*, es decir, cuyos jefes reales muy diversos de los jefes nominales, viven en estrecha é íntima alianza con los miembros militantes de la judería, príncipes é imitadores de la sublime cabala! Porque esta porción escogida, estos jefes *reales*, á quienes *tan pocos iniciados* conocen, y aun esto por lo general bajo los nombres de guerra, funcionan sometidos á la saludable y oculta superioridad de los cabalistas israelitas. Esto se obtiene merced á los hábitos de rigurosa discreción impuesta por terribles juramentos y amenazas, y merced además á la *mayoría* de los judíos que la misteriosa constitución de la masonería hace sentar en su consejo supremo."— En Lon-

(1) *Conningsby*, p. 183-184.

dres, donde se halla el foco de la revolución bajo el mando del gran maestro Palmerston, existen dos logias judías que nunca vieron su umbral pisado por cristianos. Allá van á parar los hilos de todos los elementos revolucionarios cobijados en las logias cristianas.—Después del recrudecimiento revolucionario de 1845, hice conocimiento con un *judío*, que por vanidad, vendía el secreto de la sociedad en la cual está afiliado, y me daba aviso, con ocho ó diez días de anticipación, de todas las revoluciones que iban á estallar en cualquier punto de Europa [1].”

La *Alianza israelita universal* fundada en 1858 lanzaba al mundo su programa por boca del judío h. Crémieux en los términos siguientes:

“La *Alianza israelita universal* se dirige á todos los cultos, quiere penetrar en todas las religiones, como penetra en todos los países del mundo . . . Unanse todos los hombres ilustrados, sin distinción de cultos, dentro de esta *asociación israelita universal*. Tender una mano amiga á todos esos hombres, que nacidos en religión distinta de la nuestra, nos alargan su mano fraterna, con la persuasión de que todas las religiones que tienen por base la moral y por corona á Dios, deben ser amigas unas de otras, derribando así las murallas que separan á los que un día han de estar juntos; tal es, señores, la hermosa, la grande misión de nuestra *Alianza israelita universal* . . . Llegó la hora de fundar sobre base indestructible una asociación inmortal.”

¿A quién no llama la atención, exclama Janet, la identidad de este programa con el de la masonería?

Judaísmo y masonismo, continúa, son dos instituciones paralelas. No lo digo yo solamente, sino que hace alarde de ello

(1) *Le juif, le judaïsme et la judaïsation des peuples chrétiens.*—Paris.

el gran rabino de Francia en la distribución de premios de las escuelas profesionales israelitas, celebrada en 1879 en el hotel del Gran Oriente: nótese el lenguaje:

“Escuchad, amigos míos: esta reunión presenta una coincidencia que me embelesa y que no puedo menos de manifestaros. ¿Sabeis dónde os hallais y dónde nos hallamos todos? En los salones de los francmasones, quienes tuvieron á bien ponerlos á nuestra disposición, favor por el cual les envío la expresión de mi agradecimiento.

“¡Los francmasones! ¿Cuánto no se ha dicho contra ellos? Los han tratado de perturbadores de la tranquilidad pública, de impíos, de ateos y de qué se yo cuantas cosas más. Los han hartado de aflicciones, los han columniado, perseguido. Han intentado desterrarlos, exterminarlos como á nosotros.

“Mas allí están en pie como nosotros. No son rebeldes ni ateos . . ., son hombres de corazón y de honor. Predican, al igual nuestro, la tolerancia y la caridad; predicán lo mismo que nosotros, la fraternidad, el trabajo, la solidaridad humana. Por esto vivimos unos y otros, y vivimos á despecho de todos y contra todos.”

¡Ah, bellacos! ¡ah, descarados!

En 1869 se reunía en Leipsig un gran sínodo de judíos ortodoxos reformados, y liberales de todas las naciones, y se adoptaba la siguiente proposición:

“El sínodo reconoce que el desenvolvimiento y la realización de las IDEAS MODERNAS son la más segura garantía para el presente y el porvenir de la nación judía y de sus hijos.”

Estas *ideas modernas* son las ideas masónicas y por consiguiente la masonería trabajando por ellas, está al servicio de los judíos [1].

(1) *Les sociétés secrètes.* etc. T. III. Ch. prélim. pár. 9.

Buena cosecha nos ha proporcionado Mr. Janet en compañía del P. Deschamps. Dios se lo pague.

Solo nos falta para cerrar esta última información levantada á la secta judía, poner el complemento con la carta que un tal Simonini dirigió al P. Barruel. Es documento de importancia grandísima, de autenticidad incontestable y de veracidad justificada. El original de Simonini, lo mismo que la carta del P. Barruel al Papa, se guardan en los archivos del Vaticano, donde la *Civiltá cattolica*, en 1882, consultó ambas misivas. La presente traducción está sacada de la copia que hizo el mismo P. Barruel, conservada en los archivos de Friburgo, de Suiza.

*Copia de una carta, que yo, Agustín Barruel,  
canónigo honorario de Nuestra Señora, recibí en París,  
el 20 de agosto de 1806.*

J. M. Florencia, 1º agosto 1806.

“Muy señor mío: Hace pocos meses tuve por casualidad la dicha de leer vuestra excelente obra titulada: *Memorias de los jacobinos*: que he leído, ó mejor dicho devorado con indecible placer, y de la que he sacado grande utilidad y mayores enseñanzas para mi propia conducta, tanto más cuanto que en ella he encontrado pintadas infinidad de cosas de que en el curso de mi vida he sido testigo ocular, aunque sin comprenderlas del todo. Recibid, señor, por todo ello de este ignorante militar, que tal lo soy, las más sinceras felicitaciones por vuestra obra, que con justo título puede llamarse la obra por excelencia del pasado siglo. ¡Ah, qué bien habeis quitado la careta á esas sectas infernales, que preparan los caminos del Anticristo

y son las enemigas implacables, no sólo de la religión cristiana, sino también de todo culto, de toda sociedad y de todo orden!

“Hay sin embargo entre esas sectas una, á la que no os habeis referido sino muy de pasada, quizá porque es la más conocida, y en este concepto la menos temible; aunque en mi opinión es hoy el poder más formidable, si se consideran sus inmensas riquezas y la protección de que goza en casi todos los Estados de Europa. Ya comprendereis que me refiero á la secta judía. Parece en un todo enemiga y separada de las demás; pero realmente no lo es. En efecto basta que cualquiera de ellas se declare enemiga del nombre cristiano, para que el judaismo la favorezca, la auxilie y la proteja. ¿No le hemos visto y no le vemos todavía ahora prodigar el oro y la plata para sostener y dirigir á esos modernos sofistas, francmasones, jacobinos é iluminados? Los judíos por consiguiente no forman con todos los otros sectarios sino una sola asociación para aniquilar, á ser posible, el nombre cristiano. Y no creais, señor, que en esto exagero lo mas mínimo; pues yo no sostengo sobre este punto nada, que no me haya sido declarado por los mismos judíos, y ved de qué manera.

“Cuando el Piamonte, de donde yo soy nativo, se hallaba en revolución, tuve ocasión de frecuentar el trato y tener confianza con ellos, aunque ellos fueron los primeros en buscarme; y como yo entonces escrupulizaba poco, afecté estrechar con ellos grande amistad, y llegué á decirles, suplicándoles el más riguroso secreto, que había nacido en Liorna de familia judía; que muy pequeño todavía, había sido educado por no sé quién, que ni siquiera sabía si había sido ó no bautizado, y que á pesar de vivir y obrar exteriormente como católico, pero en mi corazón pensaba como los de mi nación, por la que había conservado siempre tierno y secreto amor. Entonces ellos me hicieron